

El hermano y la hermana

Felipe halló á su hermana recostada en el pequeño sofá de que ya hemos hablado.

Al entrar en la antesala notó que Andrea, que tanto amaba las flores, las había retirado todas; porque desde su indisposición, su perfume le causaba dolores insoportables, y atribuía á esa irritación de las fibras todos los males que padecía de quince días á aquella parte.

En el momento de entrar Felipe, Andrea estaba soñando; su hermosa frente cargada de una nube se inclinaba pesadamente, y sus ojos vacilaban en su órbita dolorosa; tenía los brazos colgando, y aunque en esta postura debiera la sangre descender á sus manos, estaban éstas blancas como el alabastro.

Era tanta su inmovilidad que no parecía viva, y que para convencerse de que no estaba muerta, era preciso oirla respirar.

Felipe siguió marchando cada vez con más rapidez desde el momento en que le había anunciado Gilberto que su hermana estaba enferma, de suerte que llegó jadeando hasta el pie de la escalera; pero allí había hecho alto, había recobrado la razón, y subió los escalones con paso más sosegado, de modo que en el umbral del cuarto, no hacía más que poner el pie en

el suelo sin ruido y casi sin movimiento, cual si fuera un silfo.

Quería pehetrar por sí mismo, con esa solicitud particular á los que aman, la enfermedad por medio de sus síntomas; pues sabía que Andrea era tan tierna y tan buena, que así que le hubiese visto y oído, compondría su semblante y ademanes á fin de no alarmarle.

Entró, pues, empujando tan suavemente la puerta vidriera, que Andrea no lo sintió, de suerte que se halló en medio del cuarto sin que su hermana sospechara nada.

De consiguiente Felipe tuvo tiempo para mirarla, para ver su palidez, su inmovilidad y atonía; sorprendió la extraña expresión de aquellos ojos que se abismaban en el vacío, y más alarmado que lo que él mismo creía poder estarlo, se le ocurrió al punto la idea de que la moral tenía una notable parte en los padecimientos de su hermana.

Á aquel aspecto que helaba su corazón, Felipe no pudo reprimir un movimiento de espanto.

Andrea alzó los ojos, y dando un gran grito, se enderezó como una muerta que resucita, y corrió sin aliento á arrojarle al cuello de su hermano.

— ¡Tú, Felipe! ¡Tú!... exclamó, y le faltaron las fuerzas para proseguir.

Por otra parte, ¿qué otra cosa podía decir, si sólo pensaba en eso?

— Sí, sí, soy yo, respondió Felipe abrazándola y sosteniéndola, porque conocía que se doblegaba entre sus brazos; yo que estoy de vuelta y te encuentro mala. ¡Ah! pobre hermana, ¿qué tienes?

Andrea se puso á reir con una risa nerviosa que alligó á Felipe en vez de tranquilizarle como la enferma lo hubiera querido.

— ¿Que qué tengo, me preguntas? ¿Tengo cara de estar mala, Felipe?

— ¡Oh! sí, Andrea: estás muy pálida y tiembles.

— ¿Pero en qué lo conoces, hermano mío? Ni siquiera estoy indispueta: ¡Dios mío! ¿Quién te ha informado tan mal? ¿Quién ha cometido la necedad de alarmarte? En verdad que no sé qué es lo que quieres decir, y me siento buena á excepción de algunos vahidos que me acometen y que se me quitarán con la misma facilidad con que me han entrado.

— ¡Oh! pero estás tan pálida, Andrea.....

— ¡Tengo yo por lo regular mucho color!

— No, pero á lo menos estabas animada, mientras que hoy.....

— No es nada.

— Mira, mira, hace poco que te echaban fuego las manos, y ahora están más frías que el hielo.

— Nada tiene de particular, Felipe, porque cuando te ví entrar.....

— ¿Qué?

— Sentí una gran sensación de alegría, y la sangre se me ha agolpado al corazón; á eso está reducido todo.

— Pero si te tambaleas, y si no fuera por mí no te tendrías en pie, Andrea.

— No, lo que hago es abrazarte; ¿no quieres que te abrace, Felipe?

— ¡Oh! querida Andrea!

Y estrechó á la joven contra su corazón.

En el mismo instante sintió Andrea que volvían á faltarle las fuerzas, y en vano trató de sostenerse asida al cuello de su hermano; dejó deslizarse las manos tías y casi muertas, y cayó sobre el sofá, más blanca que las cortinas de muselina en que se delineaba su linda figura.

— ¿Lo ves? lo ves como me engañabas? exclamó Felipe... ¡Ah! querida hermana, tú padeces, tú estás mala!

— ¡El frasquito, el frasquito! murmuró Andrea obligando á la expresión de su rostro á manifestar una sonrisa que la acompañaba hasta la muerte.

Y con sus apagados ojos, y su mano que apenas podía levantar, mostraba á Felipe un frasquito colocado en el ropero que había junto á la ventana.

Felipe se precipitó hacia aquel mueble, sin apartar la vista de su hermana, á quien dejaba con sentimiento.

En seguida abrió la ventana, volvió con el frasquito, y lo aplicó á la crispada nariz de la joven.

— Bien, bien, dijo respirando con ansia el aire y la vida, ya ves que resucito; vamos, ¿crees que estoy muy mala? Habla.

Pero Felipe ni siquiera pensaba en responder; lo que hacía era mirar á su hermana.

Andrea fué restableciéndose poco á poco, se enderezó en el sofá, cogió con sus sudosas manos las de Felipe que temblaban, endulzóse su mirada, la sangre volvió á colorear sus mejillas, y parecía que nunca había estado tan bonita.

— ¡Ah! Dios mío! dijo; ya ves, Felipe, que se ha pasado, y apuesto que á no ser por la sorpresa que me has causado, aunque con tan buena intención, no hubieran vuelto á presentarse los espasmos y ya estaría curada; pero llegar de ese modo á mi vista, ya lo sabes, Felipe; venir á verme así cuando te quiero tanto... ¡tú! ¡tú! que eres el móvil de mi vida, es querer matarme aun cuando estuviera buena.

— Sí, todo eso es muy gracioso y hechicero, Andrea; pero entretanto, te ruego que me digas á qué atribuyes esa indisposición.

— ¿Qué sé yo, amigo mío? Á la vuelta de la pri-

mavera, á la estación de las flores, pues bien sabes tú que sufro de los nervios; ayer ya me ha sofocado el olor de las lilas de Persia que están en el parterre; ya sabes qué embriagador aroma se desprende de esas magníficas azucenas que se balancean á las primeras brisas del año. Y bien; ayer... ¡Oh! Dios mío! mira, Felipe, no quiero pensar en ello, porque creo que me repetiría el mal.

— Si, tienes razón, puede ser que nazca de ahí, porque las flores son muy peligrosas. ¿Te acuerdas que, siendo niño, se me ocurrió la idea, allá en Taverny, de rodear mi cama de una franja de lilas cortadas en el seto, y que decíamos los dos que era hermosa como un altar? Recordarás también que á la mañana siguiente no me despertaba, que todos me creían muerto, excepto tú que de ningún modo quisiste comprender que te hubiese dejado de aquel modo sin decirte adiós; y tú, pobre Andrea, tú que á la sazón apenas tenías seis años, fuiste la única que me hiciste volver en mí á fuerza de besos y lágrimas.

— Y de aire, Felipe, porque en estos casos lo que se necesita es aire; y ese parece que siempre me falta á mí.

— ¡Ah! hermana mía, habrás olvidado eso, y habrás mandado ponerte flores en tu cuarto.

— No, Felipe, te aseguro que no; hace más de quince días que no ha entrado aquí una margarita, y ¡cosa extraña! yo que tenía tanta pasión por las flores, ahora las aborrezco; pero dejemos las flores. Conque he tenido jaqueca; la señorita de Taverny ha tenido jaqueca, querido Felipe, ¡y qué dichosa es esta señorita de Taverny!... pues con esa jaqueca, que ha producido su desmayo, ha interesado en su suerte á la corte y la ciudad.

— ¡Cómo así!

— Como lo oyes; la señora Delfina ha tenido la bondad de venir á verme. ¡Oh! Felipe, ¡qué protectora tan buena, qué amiga tan cariñosa es la señora Delfina! Me ha cuidado y mimado, me ha traído su médico de cámara, y cuando ese grave personaje, cuyos fallos son infalibles, me tomó el pulso y miró los ojos y la lengua; ¿sabes hasta dónde ha llegado mi suerte?

— No.

— Pues bien; nos salimos pura y simplemente conque yo no tenía ninguna enfermedad, y que el doctor Luis no me ha recetado una poción ó una píldora siquiera, y eso que según dicen, todos los días está cortando brazos y piernas, que es un horror. Así, ya ves, Felipe, que estoy completamente buena. Ahora dime, ¿quién te ha alarmado de ese modo?

— Ese tontuelo de Gilberto.

— ¿Gilberto? replicó Andrea con un movimiento de visible impaciencia.

— Sí, me ha dicho que estabas muy mala.

— ¡Y tú has dado crédito á ese idiota, á ese holgazán que sólo sirve para hacer mal, ó decirlo?

— ¡Andrea! ¡Andrea!

— ¿Qué hay?

— Te vuelves á poner pálida.

— No, sólo que ese Gilberto me irrita los nervios; no basta que tropiece con él en mi camino, sino que también he de oír hablar de él cuando no lo tengo delante.

— Vamos, te vuelves á desmayar.

— ¡Oh! sí, sí, Dios mío!... Pero es que también.... Y los labios de Andrea se pusieron descoloridos, quedando cortada su voz.

— ¡Vaya una cosa extraña! murmuró Felipe.

Andrea hizo un esfuerzo, y dijo:

— No, no es nada; no hagas caso de todos estos

mareos y vapores ; ya ves cómo me tengo firme en mis pies, Felipe. Mira, si me creyeses, iríamos á dar un paseito juntos, y en diez minutos estaría curada.

— Creo que te haces ilusiones acerca de tus fuerzas, Andrea.

— No, aun cuando estuviese muriendo, la vuelta de mi hermano me daría la salud. ¿Quieres que demos un paseo, Felipe ?

— Dentro de un momento, querida Andrea, respondió Felipe, deteniendo suavemente á su hermana. Todavía no me has tranquilizado completamente, deja que te repongas.

— Corriente.

Andrea se dejó caer sobre el sofá arrastrando consigo á Felipe que la tenía cogida por la mano.

— ¿Y cómo es que te veo, continuó diciendo Andrea, así de repente, sin darme antes ninguna noticia ?

— Dime tú antes, querida Andrea, ¿por qué has cesado en escribirme ?

— Sí, es verdad ; pero sólo hace algunos días.

— Desde hace unos quince días, Andrea. Andrea bajó la cabeza.

— ¡Perezosa ! dijo Felipe con tono de dulce reconvencción.

— No, Felipe, sino que estaba mala. Mira, tienes razón, mi indisposición data del día en que dejaste de recibir noticias mías ; desde ese día empezaron á cansarme las cosas que más quería, y todo me disgustaba.

— En medio de todo, estoy muy contento por lo que dijiste hace poco.

— ¿Qué dije ?

— Que eres muy dichosa ; tanto mejor, pues si te quieren aquí y piensan en ti, no me sucede á mí lo mismo.

— ¿Á ti ?

— Sí, á mí, porque todos me han olvidado, hasta mi hermana.

— ¡Oh ! Felipe.....

— ¿ Creerás, querida Andrea, que desde que marché, á pesar de que me dijeron corría tanta prisa, no he recibido noticia alguna de ese regimiento de que iba á tomar posesión, y que el rey me había prometido por conducto del señor de Richelieu y aun de papá ?

— ¡Oh ! no me admiro de eso, dijo Andrea.

— ¿Cómo que no te admiras ?

— No. Si tú supieras, Felipe... el señor de Richelieu y papá están enteramente trastornados, y parecen dos cuerpos sin alma. En verdad que no entiendo el modo de vivir de esa gente. Por la mañana va papá en busca de su antiguo amigo, que es como le llama, le persigue en Versalles, hasta en la cámara del rey, y después vuelve á esperarle aquí, donde emplea el tiempo en hacerme preguntas que no entiendo. Pasa el día y no obtiene las noticias que desea ; y entonces se enfurece papá, diciendo que el duque le hace andar de acá para allá, que le vende. Y yo pregunto, ¿en qué le vende el duque ? Lo cierto es que no sé una palabra, y te confieso que tengo poco empeño en saberlo. Por lo demás, el barón vive como un alma en el purgatorio, siempre esperando una cosa que no le traen, ó alguna persona que nunca viene.

— ¿Pero y el rey, Andrea, y el rey ?

— ¿Cómo el rey ?

— Sí, el rey que tan dispuesto se mostraba en nuestro favor.

Andrea miró en torno suyo con timidez.

— ¿Qué es eso ?

— Escúchame. El rey... hablemos bajo... me parece muy caprichoso, Felipe. Al principio me manifestó S. M., como ya sabes, mucho interés, lo mismo que á

ti, á papá y á toda la familia; pero de pronto se ha enfriado ese interés, sin que yo pueda adivinar porqué ni cómo. Lo cierto es que S. M. no me mira, hasta me vuelve la espalda, y que ayer, cuando me desmayé en el jardín.....

— ¡ Ah! mira como Gilberto tenía razón! ¿ conque te desmayaste, Andrea?

— ¿ Qué necesidad tenía ese miserable de Gilberto de decirte eso, y quizá de decirlo á todo el mundo? ¿ Qué le importa que me desmaye ó no? Bien sé, querido Felipe, añadió Andrea riéndose, que no es político desmayarse en la residencia de un rey, pero al fin no se desmaya una por gusto, ni yo lo hice expresamente.

— ¿ Pero quién te lo critica, querida hermana?

— ¿ Quién ha de ser? El rey. Sí; S. M. desembo- caba del gran Trianón por el verjel, precisamente en el momento fatal. Yo estaba hecha una tonta, una estúpida, tendida en un banco, en brazos del bonda- doso señor de Jussieu, quien me socorría lo mejor que podía, cuando el rey me divisó. Ya sabes, Felipe, que el desmayo no priva enteramente del conocimiento, y que se acuerda el que lo padece de lo que ha pasado á su alrededor; pues bien, cuando el rey me vió, aunque al parecer yo no sentía nada, creí notar que frunció el entrecejo, se miró furioso y dijo entre dientes algunas palabras descorteses. En seguida se fué S. M. muy escandalizado, supongo, de que me hubiese propuesto á ponerme mala en sus jardines; y ya ves, Felipe, que yo no tenía la culpa.

— ¡ Pobre hermana mía! dijo Felipe estrechando afectuosamente las manos de Andrea, demasiado co- nozco que no era culpa tuya; ¿ y qué más? ¿ qué más?

— Nada más, amigo mío, y el señor Gilberto hu- biera hecho bien en no andar con comentarios.

— Vamos, vuelves á cebarte en ese pobre muchacho.

— ¡ Oh! sí, es muy buena alhaja, ya puedes tomar su defensa.

— Andrea, te pido por favor que no seas tan cruel con ese muchacho; porque siempre estás ajando su amor propio y dándole sofiones, como yo mismo te he visto hacerlo... ¡ Oh! Dios mío! ¿ qué es lo que tienes, Andrea?

Esta vez Andrea cayó de espaldas sobre los almoha- dones del sofá sin proferir una palabra, y no bastó el frasquito para hacerla volver en sí; de manera que fué preciso aguardar á que pasase el desmayo y que se restableciese la circulación de la sangre.

— Decididamente, murmuró Felipe, tú estás mala, querida hermana, y tanto que asustarías á hombres más serenos que yo lo soy, cuando se trata de tus males; dí lo que quieras, pero me parece que tu indis- posición no merece que se la trate con la ligereza que tú afectas.

— Pero el médico ha dicho.....

— El dicho del médico ni me convence ni me con- vencerá jamás, mientras no le hable yo mismo. ¿ Dónde se puede ver á ese médico?

— Viene todos los días á Trianón.

— Pero ¿ á qué hora viene? ¿ Por la mañana?

— Por la mañana y por la tarde, cuando está de servicio.

— ¿ Y está hoy de servicio?

— Sí, amigo mío; y á las siete en punto de la tarde, porque es exacto, subirá la gradería que conduce á los aposentos de la señora Dellina.

— Bien está, dijo Felipe más tranquilo; lo esperaré en tu cuarto.

VIII

Equivocación

Felipe prolongó la conversación con mucha naturalidad, aunque no sin dejar de mirar al soslayo á su hermana, la cual trataba por su parte de dominarse bastante á fin de no volver á inquietarle con nuevos desmayos.

Felipe habló mucho de sus chascos, del olvido del rey, de la inconstancia del señor de Richelieu, y así que oyó dar las siete, salió corriendo, cuidándose muy poco de que Andrea adivinara lo que él iba á hacer.

Se fué en derechura al pabellón de la reina, y se paró á una distancia bastante larga para no ser interpelado por los que estaban de servicio, y bastante cerca para que nadie pudiera pasar sin que él le reconociese.

Aun no hacía cinco minutos que estaba allí cuando vió dirigirse hacia él la figura tiesa y casi majestuosa del médico que le había diseñado Andrea.

El día iba declinando, y á pesar de la dificultad con que ya se podía leer, el digno doctor iba hojeando un tratado que acababa de publicarse en Colonia sobre las causas y los resultados de las parálisis del estómago. Poco á poco iba faltándole la luz, y el doctor adivinaba más bien que leía, cuando un cuerpo ambulante y opaco acabó de interceptarle la poca luz que quedaba á los ojos del sabio médico.

Entonces levantó la cabeza, y viendo un hombre delante de sí, le preguntó :

— ¿ Qué se os ofrece ?

— Perdonad, caballero, respondió Felipe; ¿ es el doctor Luis á quien tengo el honor de hablar ?

— Sí, señor, contestó el doctor cerrando su libro.

— Entonces, permitidme que os diga dos palabras.

— Caballero, dispensadme, pues mi servicio me llama al cuarto de la señora Delfina, y como ya es hora, no puedo retardarme.

— Caballero... (y Felipe hizo un ademán de precatório para oponerse al paso del médico), la persona para quien solicito vuestros cuidados, es también del servicio de la señora Delfina, y está muy mala, mientras que la Delfina no lo está.

— Primeramente, ¿ de quién me habláis ? preguntó el médico.

— De una persona en cuyo cuarto habéis sido introducido por la Delfina misma.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ habláis acaso de la señorita Andrea de Taverney ?

— Justamente, caballero.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó el doctor levantando vivamente la cabeza para examinar al joven.

— Pues sabed que está muy mala.

— Sí, tiene espasmos, ¿ no es verdad ?

— Sí, señor, tiene desmayos continuos. Hoy, en el espacio de algunas horas se desmayó en mis brazos tres ó cuatro veces.

— ¿ Está peor acaso ?

— ¡ Ay ! no lo sé; pero ya comprenderéis, doctor, que cuando se ama á una persona...

— ¿ Amáis á la señorita Andrea de Taverney ?

— ¡ Oh ! la amo más que mi vida.

Felipe pronunció estas palabras con tanta exaltación

de amor fraternal, que el doctor Luis se equivocó en su significado.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ conque vos sois ?...

El médico se detuvo perplejo.

— ¿ Qué queréis decir, caballero ? preguntó Felipe.

— ¿ Que si vos sois ?...

— ¿ El qué, caballero ?

— ¡ Pardiez ! el amante, dijo el doctor con impaciencia.

Felipe retrocedió dos pasos llevando la mano á la frente y poniéndose pálido como un muerto.

— ¡ Cuidado, caballero, dijo, que estáis insultando á mi hermana !

— ¿ Á vuestra hermana ? ¿ Es vuestra hermana la señorita de Taverney ?

— Sí, señor, y creía no haber dicho nada que pudiese dar lugar á una equivocación tan extraña de vuestra parte.

— Perdonad, caballero ; la hora en que os acercáis á mí, el aire misterioso con que me dirigís la palabra... supuse que un interés más tierno aun que el interés fraternal.

— ¡ Oh ! no habrá amante ni marido que profese á mi hermana un amor más tierno que el que yo le profeso.

— Muy bien ; en ese caso comprendo el que os haya ofendido mi suposición, y os pido mil perdones : tened á bien permitirme, caballero...

Y el doctor hizo movimiento para pasar.

— Doctor, insistió Felipe, os suplico que no me dejéis sin haberme tranquilizado acerca del estado de mi hermana.

— Pero ¿ por qué os habéis alarmado ?

— ¡ Dios mío ! por lo que he visto.

— ¿ Habréis visto síntomas que anuncian una indisposición ?...

— Grave, doctor.

— Según.

— Escuchadme, doctor ; aquí hay alguna cosa extraña, y cualquiera diría que no queréis ó no os atravéis á responder.

— Más bien debéis suponer, caballero, que como estoy impaciente por trasladarme al lado de la Delfina, que me está esperando...

— Doctor, doctor, dijo Felipe pasándose la mano por la frente cubierta de sudor, ¿ conque me tomasteis por amante de la señorita de Taverney ?

— Sí, pero me habéis desengañado.

— ¿ Es decir, que pensáis que la señorita de Taverney tiene un amante ?

— Perdonadme, caballero, pues no estoy obligado á daros cuenta de mi modo de pensar.

— Doctor, compadeceos de mí ; doctor, habéis soltado una palabra terrible ; una palabra que ha quedado clavada en mi corazón como la hoja de un puñal que se rompe ; doctor, no tratéis ahora de reparar el golpe, porque serán inútiles vuestra delicadeza y habilidad : ¿ qué enfermedad pues es esa de que ibais á hablar á un amante y queréis ocultar á un hermano ? Os ruego que me respondáis, doctor.

— Y yo os pido, al contrario, que me dispenséis que no os conteste, caballero, pues según el modo con que me hacéis preguntas veo que estáis acalorado.

— ¡ Oh ! Dios mío ! ¿ No conocéis, caballero, que cada palabra que pronunciáis me empuja más y más hacia ese abismo que columbro no sin estremecerme ?

— ¡ Caballero !

— Doctor, exclamó Felipe con más vehemencia, ¿ es decir que tenéis que revelarme un secreto tan terrible,

que necesito para oirlo toda mi sangre fría, todo mi valor?

— Esa es una suposición vuestra, señor de Taverney, porque yo no he dicho tal cosa.

— ¡Oh! lo que hacéis es cien mil veces peor que hablarme claramente, dejáis que yo crea cualquiera cosa! ¡Oh! eso no es tener caridad, doctor! Ya veis que mi corazón está traspasado, pero devoro mi impaciencia: ya veis que ruego, que suplico; hablad pues, hablad, os juro que tendré sangre fría, que tendré valor.... Esa enfermedad, esa deshonra tal vez. ¡Oh! Dios mío! ¡Y no me interrumpís, doctor!...

— Señor de Taverney, nada he dicho, ni á la señora Delfina, ni á vuestro padre, ni á vos; conque no me pidáis más.

— Sí, sí... pero ya veis que interpreto vuestro silencio; ya veis que sigo vuestro pensamiento por el camino oscuro y fatal en que se esconde; detenedme á lo menos si es que me extravió.

— Adiós, caballero, respondió el doctor con voz altanera.

— ¡Oh! no me dejaréis así sin decirme que sí ó que no. Una palabra, una sola, y no pido más.

El doctor se detuvo.

— Caballero, dijo, hace poco, y esta fué la causa de la fatal equivocación que os ha ofendido...

— ¡Oh! no hablemos más de eso, caballero.

— Al contrario, hablemos; hace poco, algo tarde quizá, me dijisteis que la señorita de Taverney era hermana vuestra; pero antes con una exaltación que ha causado mi error, me habíais dicho que queríais á la señorita Andrea más que á vuestra vida.

— Es verdad.

— Y si el cariño que le tenéis es tan grande, supongo que os corresponderá con otro igual.

— ¡Oh! Andrea me quiere como no quiere á nadie de este mundo.

— Pues bien, entonces volveos á su lado, y preguntadle, caballero; preguntadle, penetrando en ese camino que yo me veo obligado á abandonaros; y si es que os quiere como vos la queréis á ella, responderá á vuestras preguntas. Hay multitud de cosas que se dicen á un amigo y no á un médico; y quizá entonces consienta en deciros á vos lo que no quisiera haberos dejado entrever por cuanto hay en el mundo. Adiós, caballero.

Y el doctor dió un paso hacia el pabellón.

— ¡Oh! no, no; es imposible! exclamó Felipe fuera de sí de dolor, y entrecortando cada palabra con un sollozo. No, doctor, he oído mal; vos no podéis haberme dicho eso.

El doctor se desprendió de él suavemente, luego con una dulzura llena de conmiseración, dijo:

— Haced lo que acabo de prescribiros, señor de Taverney, y creed que es lo mejor que podéis hacer.

— ¡Oh! pero, pensadlo bien; el creerlo es renunciar á la religión de toda mi vida, es acusar á un ángel, es tentar á Dios, doctor; si exigís que yo crea, á lo menos dadme pruebas.

— Adiós, caballero.

— ¡Doctor! exclamó Felipe en el colmo de la desesperación.

— Tened cuidado, porque si habláis con esa vehemencia, me vais á hacer que revele lo que me había propuesto callar á todo el mundo, y lo que hubiera querido ocultaros á vos mismo.

— Sí, sí; tenéis razón, doctor, dijo Felipe con voz tan baja que apenas se le oía; pero, en fin, la ciencia puede equivocarse, y confesaréis que vos mismo os habréis equivocado algunas veces.

— Rara vez, caballero, respondió el doctor; yo soy hombre de estudios severos, y mi boca no dice sí, sino cuando mis ojos y mi espíritu han dicho: « He visto, sé, estoy seguro. » — Ciertamente que tenéis razón en creer que á veces he podido equivocarme como toda criatura débil; pero según todas las probabilidades, no me sucede esto en el presente caso. Vamos, tened calma, y separémonos.

Pero Felipe no podía resignarse así; y poniendo la mano sobre el brazo del doctor con un aire de súplica tan profunda que lo obligó á detenerse, le dijo:

— ¡Una última gracia, una gracia suprema, caballero! Estáis viendo en qué desorden se halla mi corazón; experimento alguna cosa parecida á la locura; para saber si debo vivir ó morir, necesito una confirmación de esa realidad que me amenaza. Vuelvo al lado de mi hermana, pero no le hablaré mientras no la hayáis examinado de nuevo; reflexionad.

— Quien debe reflexionar sois vos, caballero; porque en cuanto á mí, no tengo una palabra que añadir á lo que he dicho.

— Caballero, prometedme... ¡Dios mío! es una gracia que el verdugo no negaría á su víctima; prometedme que volveréis á ver á mi hermana después que hayáis visitado á S. A. la señora Delfina. ¡Doctor, en nombre del cielo prometedme eso!

— Es inútil, caballero; pero, ya que tanto empeño formáis en ello, es de mi deber acceder á vuestros deseos. Al salir del cuarto de la señora Delfina iré á ver á vuestra hermana.

— ¡Oh! gracias, gracias! Sí, venid, y entonces confesaréis que os habéis engañado.

— Lo deseo de todo corazón, caballero; y si me he engañado lo confesaré con alegría. Adiós.

Y el doctor se vió al fin libre, marchándose en

seguida y dejando á Felipe en la explanada; á Felipe, que temblaba de calentura, que estaba inundado de un sudor tan frío como el hielo, y que en su delirio no sabía en qué sitio se hallaba, ni con quién había estado hablando, ni cuál era el secreto que acababa de sorprender.

Durante algunos minutos estuvo mirando, sin comprender, el cielo que se iba cubriendo insensiblemente de estrellas, y el pabellón que se iluminaba poco á poco.